

jugaba un papel central el catolicismo del grupo, lo cual los llevaba a rechazar a los regímenes de Hitler y Mussolini, aunque no dejaran de demostrar cierta simpatía por los mismos. Basándose en Primo de Rivera, los tacuaristas tenían como modelo “el Estado Nacional-Sindicalista”, el cual acabaría con la lucha de clases, pero también con la injusticia social y la “explotación social” capitalista. En su programa básico,<sup>22</sup> Tacuara sostenía la necesidad de nacionalizar las empresas relacionadas con la defensa nacional, y realizar una reforma agraria que acabe con los latifundios. Como puede apreciarse, se trataba de una ideología nacionalista antiliberal que tomaba en consideración la necesidad de llevar adelante importantes reformas sociales, y por lo tanto se consideraba revolucionaria. Como diría un tacuarista a un periodista de la Revista **Che** en 1961, “América latina se encuentra en un proceso revolucionario de carácter eminentemente social. A esta revolución o le damos nuestro signo nacional y católico o tendrá el signo reaccionario del comunismo”.<sup>23</sup>

En segundo lugar, Bardini polemiza con Navarro Gerassi y aquellos que destacan el fuerte carácter antisemita de Tacuara. El intento de Bardini por deslindar a Tacuara de su antisemitismo, que por cierto no era —al igual que en la mayoría de los grupos de derecha en Argentina— racial, resulta sin embargo mucho menos consistente que su crítica a la caracterización del grupo como filonazi o fascista. Ante la evidencia de una multitud de declaraciones antisemitas y de actos en contra de judíos, el autor sostiene la poca relevancia que tenía este aspecto para muchos tacuaristas, y que finalmente todo un sector de militantes dejaría atrás esas posiciones. Además, dice Bardini, el conflicto entre semitismo y antisemitismo no fue un eje central para la historia Argentina. El problema de este último argumento es que para muchos grupos de derecha efectivamente sí se trataba de un conflicto fundamental, y esto traía aparejadas prácticas que, en el caso de Tacuara, difícilmente puedan ser subestimadas. Y si bien es cierto que en muchos casos el antisemitismo pasaría a ser cosa del pasado —aunque tampoco aquí todas las trayectorias son iguales, y sería necesario evaluar la existencia de algunos elementos residuales rearticulados en estructuras ideológicas nuevas<sup>24</sup>—, en tantos otros no se extinguió.

Asumir que en el seno de Tacuara coexistieron distintas ideologías no implica en

último termino que ya estuvieran contenidas en su interior las que finalmente devinieron. Más bien, debería reconocerse esa compleja evolución, también en relación al antisemitismo. Reconocer esto, permite por ejemplo preguntarse por el papel que jugaba para estos grupos el antisemitismo como vehículo de demandas sociales y políticas insatisfechas, y en qué sentido fue un canal de rebeldía tan real como el nacionalismo. Pareciera que para Bardini el nacionalismo operó efectivamente como vía para la radicalización posterior, pero resulta difícil decir lo mismo del antisemitismo; aquí, sin dudas, esta operando un anhelo de reivindicación ante el propio pasado que, sin embargo, resulta un límite para plantear problemas que merecerían un análisis más profundo.

Por último, la discusión sobre el carácter antisemita de Tacuara nos lleva a plantear una gran debilidad en el análisis de Bardini. Se trata de que su estudio de la ideología de Tacuara, y específicamente del discurso de sus dirigentes, no se complementa con un examen de las prácticas de los militantes comunes, dando lugar a una perspectiva estrecha que pierde de vista importantes aspectos de la organización. Esta falta resulta tan evidente, que es señalada por el propio prologoista del libro, José Steinsleger, quien comenta como vivió él mismo a los tacuaristas: “‘caqueros’ y ‘bananas’ que portaban llaveritos con crucifijos, estrellas de la Orden de Malta y agredían en patota a uno que otro chico ‘con pinta de judío’, sin capacidad para defenderse”.<sup>25</sup> Sin dudas, un análisis que tomara en cuenta estos elementos brindaría una imagen más viva, y seguramente más compleja y repleta de contradicciones, que la propuesta por Bardini.

Éste y otros aspectos quedarán sin dudas para ser profundizados en futuras investigaciones. Tacuara y su contexto nos presentan una infinidad de problemáticas que merecen ser indagadas. A la espera de nuevos avances, vale celebrar la aparición de dos textos que comienzan a abrir una senda que, por relevancia y complejidad, resulta muy auspiciosa. En este sentido, debe decirse que tanto Bardini como Gutman produjeron trabajos de útil lectura para quien quiera comenzar a desentrañar la apasionante historia de esta organización.

**Damián López**

UBA / CeDInCI

*Acerca de Gustavo Plis-Sterenberg, Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina. Buenos Aires, Planeta, 2003.*

#### **La clave Walsh**

La paradoja de que un libro destinado a la comprensión y vindicación del ímpetu revolucionario aparezca editado y distribuido por una editorial globalizada producto, precisamente, de la derrota de las transformaciones propuestas por los actores del drama que narra, no es la menor que aqueja a este texto, que oscila sobre el fiel de su propio estatuto ficcional lidiando con los géneros en busca de una pertinencia radical para nombrar aquello que acaso no pueda aún ser dicho.

Con la contundencia y precisión de una parte de guerra, la tensión dramática y el *suspense* propios de una *non-fiction novel* —como quien dice, *à la Walsh*—, y una equilibrada y poco complaciente mirada sobre las responsabilidades de un episodio definitorio de la historia argentina, el libro de Gustavo Plis-Sterenberg constituye un logrado acercamiento a la interrogación de una experiencia fallida de la lucha revolucionaria de los años setenta. El intento de copiamiento del Batallón de Domingo Viejobueno en las vísperas navideñas del ‘75 por parte del Ejército Revolucionario del Pueblo es reconstruido con minucia de arqueólogo por este músico de fama internacional que compone —para usar una metáfora musical— una sinfonía coral con las voces recuperadas de los muertos, los documentos rescatados del olvido, los testimonios, y la memoria personal de los hechos. Así, en la obertura del libro asistimos al desfile de las biografías personales de los militantes, pintadas al agua fuerte no sin recias trazas de un estilo límpido, seco, personal; vidas que van cargándose de un hábito trágico en la medida en que el detalle humano y el aquilatamiento ecuánime de virtudes y defectos contrapesa la inmisericorde lógica bélica en la que se han de sumir. En la presentación de Plis-Sterenberg los actores del drama se muestran como personajes de una historia a la que miran con decisión soberana, lo cual, contra el fondo de turbulencia sobre el que se recortan sus figuras, les confiere una carnalidad redoblada que linda con la epopeya. Historias

conmoveras, como la de Silvia Gatto, muerta en la acción, cuyas cartas a su compañero preso y a sus hijos testimonian la altura moral y humana de toda una generación, o la *Petisa* María, que salva el pellejo aferrada a un arbolito sin ser delatada por el soldado que la descubriera, matizan el relato áspero donde la traición, los infiltrados, la tortura, desaparición y muerte, las caídas, los errores de cálculo político, de concepción estratégica, las decisiones flagrantemente equivocadas y todos los elementos de la malograda épica setentista se ponen en juego de un modo complejo, ensamblado con exhaustividad y buen ritmo narrativo en la que sin duda es la más minuciosa de las reconstrucciones históricas llevadas a cabo hasta el presente sobre eventos particulares del período.

La decisión de apoderarse del Batallón 601, el más grande arsenal de la Argentina, era una medida pensada a dos bandas por el PRT-ERP: despojar de poderío militar al Ejército para debilitar el golpe en ciernes y abastecer a la Compañía de Monte que se alistaba para operar a gran escala en Tucumán. Un detalle: ya no había más pertrechos en sus depósitos; habían sido retirados meses antes por prevención. A ése se suman una infinidad de otros detalles no menores que van anunciando al correr de la trama la catástrofe que se avecina: un error salvable en la contrainteligencia permitió que el infiltrado de las fuerzas de seguridad, nada menos que en el área de Logística, operara hasta el final, posibilitando a las FFAA el diseño de un organigrama con la estructura del ERP; una serie de caídas previas, más que sospechosas, incluida la del Comandante Ledesma, a cargo de la operación, se suman a múltiples indicios más que elocuentes de que había sido descubierta y que por tanto era una cabal insensatez arriesgar la suerte del grueso de la fuerza combatiente en una acción de tamaño envengadura.

Gustavo Plis-Sterenber, nieto de un judío ruso perteneciente al Bund, exilado en la Argentina tras la toma del poder por el partido bolchevique, director de la Orquesta del Teatro Manuilsky (ex - Kirov) en la actual San Petersburgo (ex - Lenin - grado) en Rusia, y de la Orquesta Sinfónica de Bahía Blanca, no escatima esfuerzos críticos para extraer las lecciones de aquel episodio que reconstruyera pacientemente a lo largo de los años, recorriendo geografías y lidiando con la memoria personal en un combate no menos agónico. Pues su drama es no solo íntimo, con

los mendrugos de la historia que consti- tuyen el tiempo presente, sino también lingüístico, dado que la lógica guerrera para evaluar situaciones políticas resulta un obturador que no sólo, inevitablemente, acota la percepción de los actores en el trajín de los acontecimientos, sino que, de un modo no menos excusable, condiciona la del propio cronista, quien, más allá del mérito de su impecable labor de reconstrucción, por momentos se resiste a pensar por fuera de ese paradigma.

En diversos momentos Plis-Sterenber puntualiza sus críticas, que reproducen las efectuadas a posteriori por el propio PRT-ERP. Por ejemplo cuando señala que la dirección, ante el crecimiento cuantitativo de la organización posterior al fracaso del asalto, confundió (es el término que utiliza) la caracterización del momento, que era de repliegue de la lucha de masas, y la impulsó a un salto hacia delante, a una intensificación de la acción militar y a la exposición de sus cuadros, cuando debería haberlos preservado, Plis-Sterenber queda cautivo de una disyuntiva falsa. Porque esa situación de ahogo a la que llegó la organización merecía no un replanteo táctico correctivo o incluso un repliegue estratégico, sino un cuestionamiento de los propios fundamentos y prácticas sociales, políticas, institucionales, culturales y militares. Es decir, algo que si no podían hacer los actores en el vértigo de la acción, resulta una obligación ineludible del historiador que reflexiona *post-factum* con el panorama integral desplegado ante sus ojos, su saldo de víctimas, y sus zonas de colaboración con la tragedia también. Si bien en más de un momento del libro hay indicios de una reflexión en ese sentido, la revisión de Plis-Sterenber no alcanza el diapason conceptual de un Luis Mattini, ni tampoco incurre en la excesiva recusación de un Helios Prieto (quien, como se dice vulgarmente, tira al chico con el agua sucia y acaba equiparando, por su anamorfosis, las organizaciones político militares setentistas con sus antagonistas, en un remedo tardío de la teoría de los dos demonios creada por la dictadura para justificar su accionar).<sup>26</sup> Pero no por ello deja de alumbrar con su texto las zonas que a un lector contemporáneo han de resultarle un nudo complejo a desatar. Particularmente se torna ominoso el dilema al que aludo cuando es la lengua de la guerra la que usurpa el espacio de la reflexión política; todo el libro está atravesado por esa tensión entre lo decible en términos que no correspon-

den a la época, a riesgo de incurrir en un anacronismo impropio, y lo enunciable desde un presente que se quiera respetuoso de la lucha y a la vez emancipado de aquellas anteojeras provistas por los lenguajes de entonces. Pero hay en **Monte Chingolo** un considerable intento de reflexión, que se mostró en un episodio menor sucedido durante la presentación del libro en la *Biblioteca Popular y Centro de Documentación Carlos Astrada de Bahía Blanca*: durante el relato del proceso de descubrimiento del infiltrado —el Oso Rainer— que condujo a la derrota de la operación, al pronunciar la frase “El Oso fue capturado, juzgado y ajusticiado”, Plis-Sterenber hizo una pausa, y reflexionó sobre ese lenguaje: “Yo ya no hablo así” fue su colofón. ¿Cómo nombrar aquello? ¿Cómo nombrar aquellas experiencias extremas, donde los amigos muertos son “bajas”, las decisiones sobre miles de vidas son “cálculo estratégico”, en fin, donde la versatilidad de la política se pierde en la lógica binaria de la conflagración?

El —a todas vistas, inevitable— fracaso de la toma del Batallón de arsenales acarrearía no solo la destrucción del PRT-ERP en pocos meses (siendo que Santucho la habría considerado una derrota militar y una victoria política a la vez), y con ello la clausura de la experiencia guevarista argentina, sino, y sobre todo, de un modo de concebir la política en términos de guerra, propio de una tradición que ha de cuestionar sus propias fundaciones para no incurrir nuevamente en los mismas falacias. Un pensamiento de la política que dé cuenta de su especificidad y múltiples posibilidades, asentado en la asunción de las derrotas históricas, es condición ineludible para las futuras luchas por la emancipación. La dura música de este libro sirve, sin duda, y más allá de sus propios límites, para repensar el ansia de un destino distinto.

**Guillermo David**

Bibl. Popular Carlos Astrada / B. Blanca